

lificar á su hija que aquella mutacion era obra de una particular inspiracion de Dios que en sí habia sentido; que se dignasen de tenerlo á bien, ó que le diesen el castigo que fuese de su agrado. No sabiendo qué hacerse los padres, enviaron á llamar á su confesor el venerable padre fray Bernardo de Corbera. Este espiritual varon quietó los ánimos, y los redujo á que se vistiese la santa jóven el hábito de beata de Nuestra Señora de la Merced. Este acto se hizo con la mayor solemnidad en la iglesia del convento de la Merced de Barcelona, yendo la santa virgen acompañada de su madre y muchas señoras de la primera nobleza con tantas muestras de alegría, que se dejaba bien conocer que en aquella hora habia conseguida los deseos de su corazon.

Este hecho ruidoso hizo calmar todas las pretensiones de los amantes, y la santa jóven se vió con toda la libertad que deseaba para entregarse totalmente á los ejercicios del espíritu. Su abstraccion era portentosa; vivia retirada de los ojos del mundo en tanto grado, que apenas se dejaba ver aun de los mismos de su casa. Sola la caridad era capaz de mitigar este rigor, haciéndola conducirse ya á los hospitales, ya á los templos, en donde se entregaba unas veces á los excesos de su contemplacion, y otras al alivio y socorro de sus prójimos. La frecuencia de sacramentos, las continuas lágrimas vertidas por unas acciones que solo podian no parecer virtudes á un espíritu tan fervoroso como el suyo, la oracion continua y varios ejercicios de penitencia formaban en María un tenor de vida tan espiritual y religiosa, que excedía á la de los conventos mas observantes. Muchas señoras de la ciudad, enfervorizadas con su ejemplo, despreciaban las pompas del mundo, y asistiendo á su casa, recibian de ella santas instrucciones, y la acompañaban en sus ejercicios. Doce

años permaneció la santa en este tenor de vida, desde el diez y ocho, en que recibió el hábito de beata, hasta el treinta de su edad; pero en este tiempo quiso Dios comenzar á labrar esta piedra preciosa, que habia de servir de adorno al edificio de la celestial Jerusalem, por medio de trabajos. Uno de los mayores que en aquellas circunstancias le podian sobrevenir, era la muerte de sus padres. En efecto, habiendo enfermado su noble y virtuoso padre, fué Dios servido de llevársele para sí, dejando á la santa en un estado de lágrimas y de desconsuelo difícil de pintar. Aumentóse este cuando á pocos años vió enfermar á su madre amada, cuya compañía formaba su seguridad y sus delicias. La enfermedad fué larga y penosa, y en su duracion tuvo la santa materia abundante en que ejercitar el amor filial, la solicitud y la paciencia, hasta que fué Dios servido de llevarse para sí á su sierva á fin de darle la corona de sus trabajos.

Quedó la santa desembarazada de los lazos que hasta entonces le habian impedido la ejecucion de los deseos que habia tenido desde niña de hacerse religiosa. Dió á la muerte de su madre las lágrimas que debia una buena hija; pero fueron muchos mas los sufragios, ayunos, limosnas y otros ejercicios piadosos con que podia causarle refrigerio. Tranquilizada en esta parte, comunicó con su confesor sus piadosos intentos; y por la mucha autoridad que el venerable varon tenia en Barcelona, se dispuso en breve tiempo cuanto podia conducir á realizar un proyecto que para sugeto de menos virtud hubiera sido arduo. Varias señoras de la ciudad deseaban emprender el mismo tenor de vida, y se alistaron por otras tantas religiosas. Dispúsose casa con todas las oficinas proporcionadas á la observancia regular; y en el dia 25 de marzo del año de 1265 se dió feliz prin-

cipio al instituto de religiosas de Nuestra Señora de la Merced. Toda la nobleza de Barcelona é innumerable concurso de pueblo asistió á un acto tan religioso en el templo del convento de Mercenarios. Hizo la santa su profesion en manos del venerable padre fray Bernardo de Cerbera, prior del convento, por estas palabras: *Yo sor Maria de Cerverellon, prometo á Dios y á la bienaventurada siempre virgen Maria de la Merced ó Misericordia, pobreza, obediencia y virginidad, y trabajar por la redencion de los cautivos, por los cuales haré lo que de nuestro padre general fuere bien visto.* Con la misma fórmula se consagraron á Dios las compañeras de Maria, quien, repugnándolo su humildad, fué constituida prelada de todas ellas. En este arduo empleo se manejó desde luego con todas las virtudes necesarias á la superioridad, y con toda la delicadeza y miramiento tan necesarios en los principios de semejantes empresas para que se continúen con prosperidad. En todos los ejercicios de mortificacion, de humildad y de observancia precedia con el ejemplo la santa madre, siendo en esto tan exacta, que solia decir por axioma, *que mandar á un súbdito lo que no ejecuta el mismo que manda, es prevenirle las excusas para no obedecer.* Como la caridad era la que gobernaba sus acciones, y esta es paciente y benigna, como dice san Pablo, trataba á sus súbditas de una manera tan dulce, que mas que prelada parecia madre amorosa. Si tal vez se veia en la necesidad de reprender alguna falta, lo hacia con tal discrecion, que se echaba bien de ver que amaba tanto á sus hijas como áborrecia sus defectos. En las enfermedades las asistia de dia y de noche con indecible cariño, verificándose en ella que el amor la hacia enfermar con las enfermas. Deseosa de que aquel nuevo establecimiento fuese un jardin delicioso, en que pudiese tener sus complacencias el Esposo de las vírgenes, procuró plantar en

él todo género de virtudes. Hizo con especialidad que floreciese el ejercicio de la oracion, bien persuadida de que esta era la fuerza por donde entran todos los acrecentamientos espirituales del alma. Estaba constituida capitana y maestra de todas sus súbditas; y de consiguiente sabia que su ejemplo debia ser el modelo por donde arreglasen sus acciones. Esta persuasion produjo en ella un santo deseo de redoblar en sí misma el ejercicio de todas las virtudes hasta llevarlas al grado mas sublime de perfeccion. Contemplaba los divinos misterios, y esta contemplacion avivaba su fe. De la misma manera se robustecia su esperanza con la consideracion de las divinas misericordias; pero la caridad, que tiene tan multiplicadas maneras de obrar, y que llevaba sus influjos hasta las acciones mas minimas, era para Maria una virtud predilecta, en la cual hallaba un completo desahogo su alma. Amaba á Dios intensísimamente, y este amor le hacia mirar á las criaturas como hechuras suyas, á quienes debia sacrificar los mas solícitos esmeros. Recorria los hospitales, las casas de los pobres y las cárceles públicas, experimentando los infelices los copiosos efectos de su caridad benéfica. Si alguna vez se la veia en las casas de los poderosos, era por solicitar limosnas para redimir á los cautivos; y el tiempo que le sobraba de estos caritativos ejercicios y del exacto cumplimiento del cargo de prelada, le empleaba en su propia santificacion. Conseguialo por medio de la oracion, que se puede decir con verdad que era continua; pues nunca apartaba la atencion de su Dios, y por medio de una mortificacion asombrosa con que sujetaba su virginal cuerpo al dominio de su espíritu, y conservaba fresca y lozana la delicada flor de la virtud llamada virginidad. Además del perpetuo ayuno que observaba con un alimento tan escaso, que era necesaria la milagrosa cooperacion

de Dios para subsistir, traía ceñida al cuerpo una gruesa cadena de hierro, y tomaba cada día una disciplina con tanto rigor, que llegaba á bañarse en su propia sangre.

Sin embargo de esto, era tan grande el fervor de su espíritu, que se acongojaba al ver la precision que tenia de tomar algun sueño y de templar el rigor de las penitencias para no ser homicida de sí misma. Esta necesidad la afligia de manera que, hablando con su mismo cuerpo, y quejándose de su flaqueza, le decia: *¡Oh carne frágil y cárcel inhumana en que el alma se entorpece y ofusca con las feas tinieblas de la ignorancia! ¿Quién me libraré de ti para que pueda yo gozar de aquellas dulzuras que son el regocijo de los cielos y la alegría de los ángeles?* Otras veces, fijando la consideracion en algunas leves faltas inseparables de la humana fragilidad, decia á Dios anegada en lágrimas de arrepentimiento: *No entres, Señor, en juicio con esta sierva tuya, que yo misma postrada ante tu misericordia me haré juez contra mis maldades, y las castigaré de modo que tu piedad se mueva á perdonar lo que esta indigna mujer se ha atrevido á ofenderte.* Todas estas virtudes las fortalecia en su alma, alimentándola con el celestial pan de los ángeles que recibia cada semana cinco veces con la mayor ternura y devocion. En medio de este riguroso tenor de vida y de tanta inocencia de costumbres, se reputaba por la mujer mas tibia y mas digna de desprecio. Los lugares mas abatidos y las ocupaciones mas humildes eran en donde se hallaba con mayor alegría, llegando su humildad hasta el extremo de atribuir á sus pecados los males y tribulaciones que sucedian en el mundo. Sintiendo de sí tan bajamente, se reputaba por indigna de disfrutar aquellos bienes y utensilios que tenian las demás religiosas. Por esta causa era suma su pobreza, y todas las alhajas de su celda estaban redu-

cidas á unas tablas desnudas que le servian de lecho, á una arquilla en que encerraba los cilicios y demás instrumentos de penitencia, á una cestilla en que tenia lo necesario para su labor, y últimamente, á unos cuantos libros de devocion y un santo crucifijo. A proporcion de su pobreza era tambien la obediencia que profesaba á sus superiores. Veneraba sus preceptos como si fuesen del mismo Dios; y aunque las cosas que le mandaban fuesen contrarias á su inclinacion, aun en materias espirituales, nunca oponia contra ellas razon ni excusa, siendo para ella la obediencia un conjunto de razones que acallaban cuantas podia producir su recta intencion y su delicado entendimiento.

Quiso Dios probar la fortaleza de su sierva y la solidez del amor que le tenia en la piedra de toque que son las tribulaciones y trabajos. Padeciólos la santa tan graves en una persecucion que se levantó contra ella, que el autor antiguo de su vida no tuvo por conveniente dejarlos escritos, juzgándolos tan superiores, que no solamente bastaban para acrisolar la paciencia de nuestra santa, sino para ocasionar disturbios en quien no estuviese tan cimentado como ella en la virtud. Pero Dios, que gustaba de ver á su esposa cargada con su cruz seguirle por el sangriento y penoso camino que dejó consagrado con sus plantas, la regalaba y fortalecia con inefables favores. Eran frecuentes los éxtasis que padecia, en los cuales gozaba unas veces del trato familiar de los soberanos espíritus, y otras de la divina presencia de Jesucristo y de su Madre santísima. Aconteciale esto con mas frecuencia cuando contemplaba en la pasion sangrienta de su Esposo, en la cual no podia meditar sin que quedase su espíritu arrobado y su cuerpo insensible aunque estuviese en presencia de gentes. Además de estas gracias, quiso darle tambien el don de profecía,

por el cual hablaba de las cosas futuras y de las que pasaban muy lejos como si se hicieran en su presencia; y la de hacer milagros, señalándose en favorecer á los que padecian naufragios ó deshechas borrascas luego que imploraban su intercesion y patrocinio. Los diferentes y auténticos hechos con que esto se verificó en el discurso de su vida le dieron el nombre de Maria de Socors, que quiere decir Maria de Socorro, acreditándose en esto mismo lo celebrada que era su santidad cuando todavía vivia en este mundo. Pero todos estos premios no eran correspondientes á la grandeza de sus virtudes, y así quiso su Esposo llevarla á su gloria para celebrar con ella las bodas eternas á que habia aspirado en el discurso de su preciosa vida. Dióle una peligrosa enfermedad; y conociendo la santa que se acercaba el fin de su destierro, se preparó con ejercicios de resignacion, de amor y de fe para aquel terrible trance. Recibió con indecible devocion y ternura los santos sacramentos de la Iglesia, deshaciéndose en lágrimas sus amadas hijas, que no podian hallar consuelo en la pérdida de tal madre. Exhortólas á la observancia religiosa y al ejercicio de las virtudes, y sintiendo que se le acababan las fuerzas, pidió que le diesen el sacramento de la Extremauncion, en cuya ceremonia respondia ella por sí misma al sacerdote que la administraba. Pidió la imágen de un crucifijo, y abrazándose con él, ordenó que le leyesen su pasion santísima, y fijando los ojos en su Esposo, exhaló un dulcísimo suspiro, y con él aquella alma bienaventurada, que recibió el Criador para coronarla de gloria. Sucedió su muerte en 19 de setiembre de 1290, teniendo la santa la edad de cincuenta y nueve años, nueve meses y diez y ocho dias.

Su muerte fué generalmente sentida de todos; pero con singularidad de sus religiosos y religiosas, que

veian que con ella les habia faltado una fiel amiga, una tierna madre y una ejemplar maestra de todas las virtudes. Su cuerpo quedó hermoso y flexible, y en lugar de aquel horror que inspiran los cadáveres de los demás difuntos, se vió que el rostro de santa Maria despedia de sí un admirable resplandor que movia á devocion y ternura á cuantos le miraban. Fué grande el concurso de los que fueron á venerarle movidos de la fama de su santidad, y tanto, que no hubieran podido darle sepultura si no se hubieran valido de autoridad superior. Desde luego fué venerada por santa, dispensando Dios su aprobacion á este juicio del pueblo con los continuos milagros que hacia su omnipotencia con los que se valian de la intercesion de su sierva. En tiempo del rey don Pedro de Aragon, el cuarto de este nombre, se abrió el arca en que estaba depositado su santo cuerpo, y se halló tan entero y natural, que parecia estar la santa dormida, lo cual visto por el obispo de Barcelona, y justificados los muchos milagros que habia hecho, mandó que se le diese pública veneracion y culto, y que se colocase su cuerpo en un lugar distinguido. Inocencio XII, á peticion del católico rey don Carlos II, declaró y aprobó el culto inmemorial que la santa habia tenido, confirmando de esta manera la antiquisima canonizacion que el pueblo habia hecho. Despues con el tiempo el excelentísimo señor marqués de Aytona, don Guillelmo de Moncada y de Cervellon, pariente de la santa, le hizo construir una suntuosa capilla en donde se venera su cuerpo en la caja antigua forrada de otra de plata, dispensando Dios por su intercesion infinitas maravillas á cuantos la invocan en sus necesidades.

## SAN LOPE, OBISPO Y CONFESOR.

Aunque los escritores de las actas de san Lope, uno de los mas célebres solitarios de Francia, y uno de los mas brillantes ornamentos del orden episcopal, nada nos dicen de su patria, padres y nacimiento; por lo que algunos le atribuyen lo que el Apóstol á Melquisedec, sin padre, madre, ni genealogía, derivando su origen de la eminencia de su virtud, y de la grandeza de su dignidad; otros infieren la nobleza de su prosapia por la íntima familiaridad que tuvo con san Segismundo, rey de Borgoña, quien por el conocimiento práctico de la justificada conducta de Lope, movido de un impulso superior, dicen que profetizó que no sería el santo jóven lobo devorador como denotaba su extraordinario nombre, de divina imposición, y no de disposición humana, sino un zeloso prelado que congregaría en el redil de la Iglesia muchas ovejas descarriadas del rebaño del Señor, surtiéndolas de los saludables pastos de doctrina celestial.

Aunque nada sabemos de su primera educación, que se cree fué segun las máximas de la religion cristiana por los progresos posteriores de su virtud, se sabe que el santo pasó su juventud como otro Elias y Juan Bautista en la soledad del desierto, empleado en todos los ejercicios de una admirable vida solitaria, venerado como un prodigio de virtud por todos los que observaron la justificación de su conducta. Algunos quieren que este célebre prelado fué otro de su nombre, monje de Lerius, despues obispo de Troyes; pero por varios monumentos auténticos sabemos que la soledad que sirvió de retiro á este siervo de Dios antes de ser elevado á la digni-

dad episcopal, no fué otra que la isla Bárbara, sita en el rio Saona, cerca de Leon de Francia, que en tiempo de Lope no fué otra cosa que un desierto donde habitaban varios solitarios en sus respectivas celdas, bajo un inspector de conocida prudencia y virtud, á quien se sometían en todos los oficios de la vida monástica, á manera de los de la Tebaida, y de la Nitria en el Oriente; por lo que algunos escritores le dan el nombre de monasterio á aquel célebre eremitorio.

Sabemos por la historia de la vida de san Lubin, obispo de Chartres, que fué Lope superior de aquellos solitarios, y que, difundida la fama de su eminente virtud por todo el país, habia llevado á Lubin á tomar lecciones de santidad de un prelado de tan edificativa observancia, y austeridad de vida; cuya opinion general contribuyó asimismo, para que, muerto el obispo de Leon, fuese promovido á aquella cátedra por aclamacion de todo el clero y pueblo, á pesar de los esfuerzos de su humilde resistencia para excusarse de la dignidad, que no hubiera aceptado, si una especie de fermentacion que se suscitó por su repugnancia no hubiera obligado al santo á mirar con preferencia á sus comodidades solitarias los derechos de la paz.

Como por aquel tiempo sucediese la muerte de san Segismundo, rey de Borgoña, á quien Godemar, que lo era de Orleans, hizo prisionero, y mandó arrojar en un pozo con su mujer y con sus hijos; las turbulencias que sucedieron con esta desgraciada muerte, pusieron en tal consternacion el país, que tuvo mucho que sufrir Lope en los increíbles males que padecía aquella tierra, que era el teatro de la sangrienta guerra, y el objeto de las violencias de los Borgoñeses. Los continuos ruegos, y las oraciones fervorosas del afligido prelado movieron al cielo á proveer